

Llegaron para quedarse

Heriberto Herrera

Por muchos años nuestro habitat pastoral fueron los colegios. Y los oratorios, por supuesto, ordinariamente en paralelo a los colegios.

De repente, primero una, después la otra, aparecieron sorpresivamente nuestras dos universidades. Para orgullo de los quijotes, desconcierto de muchos o indiferente curiosidad de algunos.

¿No nos estábamos metiendo en camisa de once varas? ¿No era una pretensión querer dar pasos demasiado largos?

Los malos presagios afortunadamente no se concretaron. Las dos universidades salesianas, en menos tiempo de lo esperado, sacaron pecho. Hoy podemos lucirlas –ambas– como joyas en el concierto (¿o desconcierto?) de las universidades de El Salvador y Guatemala. Ambas ocupan un alto rango en la calificación nacional.



El fenómeno apareció extenso. Como en tácito acuerdo, comenzaron a brotar universidades casi al mismo tiempo en el universo salesiano. Sobre todo, en América Latina. No fue una política delineada desde el centro. Era más bien la intuición de que un campo nuevo estaba maduro para la presencia salesiana.

Ahora la Congregación está tratando de coordinar (“crear sinergias”, se dice ahora) esta nueva riqueza salesiana.

A nuestra inspectoría se le pide, ante esta nueva realidad, que integre estas originales presencias en su proyecto inspectorial. Que su alto influjo educativo beneficie a toda la comunidad inspectorial. Que se las admita como obras, no de individuos audaces, sino integradas en la normalidad de la misión salesiana en Centro América.

Esta nueva frontera, alcanzada con acierto, está beneficiando a una franja de juventud que vive una etapa decisiva en su vida. Quizá el momento de iniciarlas fue oportuno, cuando la universidad dejó de ser un servicio a elites privilegiadas y abrió sus anchas puertas a los hijos del pueblo. Que son nuestros destinatarios.

Probablemente a Don Bosco le hubiera gustado la aventura de incursionar en el mundo de la universidad popular.